



Marino Muñoz Lagos

Columnas de opinión

Recuerdos de Andrés Sabella

Lo conocimos en Antofagasta bajo las banderas líricas y bohemias del Grupo Literario Cobrysal cuando el siglo pasado llegaba a su mitad: allí nos juntábamos con Manuel Durán Díaz, Floreal Acuña, Heriberto Salgado y tantos más románticos cultores de la poesía. Andrés Sabella era nuestro portaestandarte, el hombre encargado de la palabra paz y de la conversación amable. En 1963 publicó su libro "Poemas de la ciudad donde el sol canta desnudo", dedicado con alma y vida a su ciudad natal.

Los trabajos de este libro fueron recibidos con los brazos abiertos por la crítica de Chile y el extranjero: todos alababan al hijo del norte, al cantor de las huellas del desierto. El escritor Hernán del Solar dijo algunas palabras que traducen su emoción ante sus páginas: "Andrés Sabella tiende su vida hacia las historias que cuentan los hombres y las cosas de Antofagasta. Le entran por los ojos y por cada poro, le invaden y conquistan, no puede eludirlos, están con él, en él, y siente la necesidad de hacerlos escuchar".

El poeta pampino nació en Antofagasta el 13 de diciembre de 1912, en plena primavera de su plaza Colón y de su avenida Brasil, hijo de un joyero palestino y de una morena atacameña de apellido Gálvez. Murió el 26 de agosto de 1989 en el viejo norte de Iquique, muy cerca de sus querencias, con la poesía a flor de labios, como que andaba en tren de conferencias por esos parajes de soledades y heroísmo, de arenas y lejanías.

Cuando residimos en Antofagasta el poeta vivía en una casa de un piso ubicada

en una calle aledaña a la Plaza del Mercado, desde donde salía todas las mañanas a recorrer el centro de su ciudad, el correo y la calle Prat. La familia la componían Andrés y sus tías Delia y Martina, querendonas y antiguas. Cuidaban celosamente del sobrino regalón. En su libro para niños "Chile, fértil provincia, Andrés les dedica su prosa "Mejillones", entre cuyas líneas cazamos estos nítidos recuerdos de una lejana infancia:

"Mejillones carece de monumentos y de historia. Pero sus pejerreyes, verdaderos pañuelos marinos, la colman de un prestigio admirable. En ellos parece que el océano concentrase sus más exquisitas sustancias. Yo digo: Mejillones, y surgen finos pejerreyes que coinciden con las hojas del árbol de la infancia".

Para el centenario del primer poblamiento de Antofagasta ocurrió en 1966, el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad del Norte y el Instituto de Literatura Chilena de esta misma universidad, publicaron su antología titulada "Hombre de cuatro rumbos", en cuyas páginas aparecen poemas de sus libros "La sangre y sus estatuas", "Chile, fértil provincia", "Pueblo del Salar Grande" y "Poemas de la ciudad donde el sol canta desnudo".

El poeta Andrés Sabella es un símbolo de la ciudad de Antofagasta, de su Cerro del Ancla y de las calles que conforman su arquitectura. En los episodios de sus libros, en sus hermosos dibujos, en su aforo de los tiempos pasados y en sus versos, está la ciudad que lo vio nacer y cantar notablemente.

**Andrés Sabella
era nuestro
portaestandarte,
el hombre
encargado de la
palabra paz y de
la conversación
amable**